

## El matrimonio de fe y amor



¿Recuerdas a David Koresh, el fundador de una "comunidad religiosa" en Texas? Comenzó como un ferviente y cariñoso hombre de Dios, pero su amorosa dedicación lo condujo por mal camino. Lentamente, y sin saber qué él estaba poniendo más énfasis en la obediencia y la autoridad en lugar del amor y la

el respeto. Eventualmente, él era la autoridad absoluta, hasta el punto de verse a sí mismo como Jesús reencarnado.

Cada uno de sus pensamientos y deseos era la palabra de Dios para sus seguidores. Voluntariamente, se rindieron a él, incluso en el nivel sexual íntimo, todo en el nombre del amor. Y todos murieron con él en nombre del amor.

Entonces, ¿cuál es la verdad concerniente al amor? ¿El verdadero amor nos controla o nos libera? Obviamente, el amor de Koresh era uno de control. Pero la Iglesia en general no ha sido diferente. Tanto Koresh como la Iglesia han blanqueado la mente de sus fieles con respecto al amor, causándoles sufrimientos indebidos en nombre del amor. Ambos estaban y están más preocupados por la obediencia a la autoridad que por el amor y el respeto hacia todos. Ambos han "bautizado" a sus seguidores en una relación de amor contractual y condicional, que les da un control completo, y todo en el nombre de Jesús. Para ambos, el control es una parte esencial del amor.

Si esto es así, entonces, ¿quién está dispuesto a "enamorarse"?

La Escritura es muy clara al afirmar que el amor y el respeto hacia Dios, el prójimo y el yo es de primordial importancia. El amor, dice San Pablo, es compasivo, paciente, gentil, perdonador. Es Divino. Por lo tanto, cuando este amor está presente, entonces lo que hagamos, se hará con amor y respeto hacia el otro. Y esto se aplica a todas nuestras acciones no importa cómo se expresan.

Cuando el amor y el respeto son la fundación y los principios rectores de las relaciones, la autoridad y control no son necesarios. Las exigencias no son necesarias, ni siquiera de Dios.

En consecuencia, lo que importa es la obediencia al amor incondicional, no la obediencia a la ley de condiciones. Este último no da vida, como dijo San Pablo. Sólo el Espíritu da vida. Sólo obediencia a la Espíritu de amor que mora dentro de nosotros, obediencia a ese deseo esencial de amor dentro de nosotros para ser uno con y en el amado da una vida de alegría.

Todo esto se dice fácilmente, pero no se vive fácilmente. Este dar y recibir el amor que somos no fluye puramente de nuestro espíritu interno debido a las heridas y rechazos experimentados que han creado un excesivo deseo interior de autoprotección. Incluso Jesús luchó con el precio del amor que él deseaba y era, cómo se expresa en su agonía en el jardín. "Padre, ¿por qué me has abandonado?"

No hubo respuesta a ese agonizante motivo. Realmente, no hay una respuesta formal a él ni a nosotros. Ahí es sólo la fe. Su fe, en cuanto a quién era, estaba profundamente dentro de él porque vivió la vida de obediencia al amor, no la obediencia a la ley.

El dolor del miedo aquí para todos nosotros es que nuestra obediencia a la entrega total en el amor nos lleva a territorios desconocidos sobre los que tenemos poco o ningún control. Pero, es la misma fe de quien somos que es el eslabón de conexión entre el conocido amor experimentado del pasado y lo desconocido experimentado amor por venir.

Entonces, ¿cuál es esta conexión entre amor y fe?

Pablo dice en hebreos que "la fe es la certeza confiada en lo que esperamos, y la convicción sobre cosas que no vemos".

¿Qué esperamos? Esperamos la experiencia de la plenitud del amor, es decir, el amor incondicional. Y ya que ya hemos experimentado ese amor de alguna manera, la fe se convierte en la seguridad de que el día cuando la oscuridad presente desaparezca, volveremos a ver y experimentar la plenitud de la amor, la plenitud del Espíritu, tanto aquí en la tierra como en el cielo.

Cuando la experiencia del amor está ausente, la experiencia de la fe está presente. La fe es ese profundo subyacente fundamento de la verdad sobre la cual toda nuestra vida existe, es decir, el Amor. Es el poder que nos transporta la oscuridad que está presente cuando la experiencia del amor no es. Es la convicción que nos asegura que el amor no nos ha abandonado, a pesar de que no sentimos que sea una presencia gozosa.

La fe y el amor, en esta vida, viven una relación "matrimonial" dentro de nosotros. Son los dones especiales del Espíritu Santo que nos ayuda mientras luchamos por el amor incondicional en nuestras relaciones; mientras luchamos por llegar a ser más como nuestro amado Padre Celestial, Madre Sofía y su Hijo Jesús; mientras luchamos por vivir en nuestra familia humana como Ellos viven en la Familia Divina. Nunca podemos olvidar que estamos hechos a su imagen y semejanza.

3 de septiembre de 2017